

EXALTACIÓN A NUESTRA SRA. DE LA ENCARNACIÓN



A cargo de nuestro hermano

Juan Antonio Martos Núñez

interpretaciones musicales por la

Agrupación Musical Ntra. Sra. de la Encarnación

Jueves 26 de marzo de 1992 21:00 horas Parroquia de San Benito Abad



EXALTACIÓN

A

NTRA. SRA. DE LA ENCARNACION

EL MISTERIO DE LA ENCARNACION DEL HIJO DE DIOS

JUAN ANTONIO MARTOS NUÑEZ
Profesor Titular de la Universidad de Sevilla

26 de marzo de 1992



- I. Introducción.
- II. El misterio de la Encarnación del Hijo de Dios.
 - 2.1. La Anunciación de Jesús.
 - 2.2. El Nacimiento de Jesús.
- III. El Santísimo Sacramento.
- IV. La Hermandad de San Benito.
 - 4.1. La juventud de San Benito.
 - 4.2. La Diputación de Caridad de la Hermandad de San Benito.
 - 4.3. La Hermandad de San Benito en 1992.



I. INTRODUCCION.

¡Dios te salve, Virgen María!
desde lo más profundo
de mi alma y con todo
mi amor, agradezco, con palabras
de alabanza y devoción,
la dicha de exaltar
las maravillas de nuestra bendita
Madre, Reina y Señora de la Encarnación.

Señor Hermano Mayor y Junta de Gobierno de la Hermandad del Santísimo Sacramento, Pontificia y Real Archicofradía de Nazarenos de la Sagrada Presentación de Jesús al Pueblo, Santísimo Cristo de la Sangre y Nuestra Señora de la Encarnación; hermanos, cofrades, familiares y amigos.

Quiso Dios que en una mariana fundamental para la vida cofrade y religiosa de la Ciudad de Sevilla, como lo es la festividad del “Corpus Christi”, me encontrase con D. Luis Arjona Major y D. Luis Romero Lagares, Hermano Mayor y Secretario primero, respectivamente, de nuestra querida Hermandad. Sonaban aún los ecos de las trompetas y tambores en honor del misterio de la Sagrada Cena, cuando sin saber cómo ni por qué de nuestros labios salió una expresión para mi llena de recuerdos y sentimientos: “la Hermandad de San Benito”. Confieso que mi alma se estremeció y hube de esforzarme por contener mis lagrimas que evocaban a ese niño que, como Jesús, nació, amó y vivió en la humildad de un hogar cristiano y a cuyos padres, Juan y Dolores, les debo no solo la vida, sino la gratitud por el ejemplo de amor y trabajo que con su vida me enseñaron. Para mí, San Benito, es sinónimo de infancia feliz, de plaza soleada y alegre donde los niños jugaban libres e inocentes, de casa de vecinos apiñados en torno a una convivencia pacífica, personal y en comunicación y ayuda constante entre padres e hijos, hermanos y hermanas, amigos y amigas, vecinos y vecinas...

Decir San Benito exige nombrar inmediatamente a sus benefactores D. Manuel Ponce Jiménez, D. José María Bueno Monreal y cuantos con su amor ratificaron con su vida el testimonio cofrade y pastoral de quienes se entregaron en cuerpo y alma al engrandecimiento material y espiritual de la Hermandad. Qué lejos y al mismo tiempo frescos han quedado en mi



memoria aquellos recuerdos específicamente cofradieros: las saetas que mi bisabuela Eloísa cantaba a su Madre y Señora de la Encarnación, y que yo, una y otra vez, sentado en sus rodillas le pedía me las cantara como un regalo espiritual valiosísimo; o aquella tarde de Martes Santo cuando subido a una ventana situada frente a la Iglesia, al ver aproximarse el misterio de la Sagrada Presentación de Jesús al Pueblo, lloraba como un niño, firmemente convencido de que yo también sufriría los azotes, por el gesto y la mirada amenazadora del esclavo que lleva a Jesús atado...

Y fue entonces, cuando estas vivencias inolvidables llenaban el espacio casualmente encontrado de hermanos de San Benito, que en una mañana eucarística rememoraban aspectos vivenciales y cofradieros de su Hermandad, cuando D. Luis Arjona pronunció una maravillosa sentencia “Tú serás el próximo pregonero de Nuestra Señora Encarnación”.

Y así se cumplió lo que, sin duda, era un mutuo deseo manifestado en el silencio de la tarde, a solas con nuestras imágenes titulares cuando vuestro Hermano Juan Antonio, consciente de sus limitaciones y facultades pero, lleno de fe y esperanza suplicaba a María Santísima de la Encarnación que le diera suerte y sabiduría para emprender una trayectoria profesional durísima cuyos frutos me han permitido la obtención del Doctorado en Derecho, así como la plaza de Profesor Titular de Derecho Penal en la Facultad de Derecho de la Universidad de Sevilla.

Hoy, Señora de la Encarnación, vengo con el alma llena de alegría en “acción de gracias” por todo el bien que me has concedido a lo largo de mi vida. Para decirte que sin tu ayuda nada de cuanto he hecho hubiera sido posible realizar. Para suplicarte que, una vez más, intercedas por mí ante Dios Nuestro Señor, para que de mis labios broten sentimientos, propósitos y deseos que colmen las legítimas aspiraciones del barrio de la Calzada y de su Hermandad de San Benito. Muy especialmente permitidme, hermanos, que en esta bendita hora de la exaltación de la Encarnación del Hijo de Dios en las purísimas entrañas de María, recuerde a mi queridísimo tío, y hermano que lo fue de nuestra Hermandad, D. José Martos Mellado. Con su recuerdo emocionado y esperanzado, quiero dar testimonio de todos los hermanos que ya pasean, liberados de la muerte, por la Calzada eterna del Cielo contemplando el hermosísimo rostro de Jesús y gozando de la infinita dulzura de su Madre, María Santísima de la Encarnación.



II. EL MISTERIO DE LA ENCARNACION DEL HIJO DE DIOS.

El Misterio de la Encarnación del Hijo de Dios, constituye uno de los pilares fundamentales donde se asienta la fe y la razón de ser de la Hermandad de San Benito. En efecto, la Encarnación del Hijo de Dios en las entrañas virginales de María es, sin duda, después de la Creación del mundo, el acontecimiento más importante de la Historia de la Salvación. Así, gracias al Verbo encarnado de María nació la “Nueva Alianza” de Dios con los hombres. Sin Encarnación no hay “Pasión” y, por consiguiente, tampoco “Resurrección”. Cristo vive en el pensamiento de los hombres porque María meditó en su humilde corazón la esperanza del Mesías encarnado que trajo la Buena Noticia de la Reconciliación y la Redención del género humano.

Por ello,

Virgen de la Encarnación,
mira si eres bendita
y estás llena de gracia
que los ángeles del Cielo
anunciaron la maternidad soñada.
Tú serás la Madre del Hijo de Dios
¡María Inmaculada!

2.1. LA ANUNCIACION DE JESUS.

María Santísima de la Encarnación es incorporada al Misterio de Cristo mediante la Anunciación del mensajero divino. El Arcángel Gabriel la saluda manifestándole: “Salve, llena de gracia, el Señor es contigo” (San Lucas, 1, 28). Por consiguiente, antes de la creación del mundo María está ya presente en el Misterio de Cristo como aquella mujer, “bendita entre las mujeres”, que el Padre eligió como madre de su Hijo en la encarnación, y junto con el Padre la ha elegido el Hijo confiándola eternamente al Espíritu de Santidad. La anunciación de la elección de María como madre del Hijo de Dios es, por tanto, la revelación del misterio de la encarnación desde el principio de su cumplimiento en la tierra. María es “llena de gracia” porque la encarnación del verbo, la unión del Hijo de Dios con la naturaleza humana, se verifica en ella. El misterio de la Encarnación expresa, por tanto, el cumplimiento de la promesa hecha por Dios a los hombres después del pecado original. María, “la humilde y pobre del Señor”, aplastará la cabeza de la serpiente portando en sí misma la gloria de la gracia que el



Padre nos agració en el amado y esta gracia determina, como ha subrayado S.S. JUAN PABLO II (1), “la extraordinaria grandeza y belleza de todo su ser”.

María, la pequeña, la esclava se convertirá en Reina, en Madre del Rey. El Espíritu Santo fecundará su seno. La virtud del Altísimo la cubrirá con su sombra, y por esto el hijo engendrado con la fuerza y la potencia divina será santo, será llamado Hijo de Dios. Y la luz verdadera iluminó el amanecer en la historia de la salvación cuando María, en representación cósmica de toda la Creación y de toda la Humanidad le otorgaba libremente a Dios, el SI más abierto, luminoso y enamorado de la Historia: “He aquí a la sierva del Señor hágase en mí según tu palabra (San Lucas, 1, 38).

Y en ese instante, se realizó el misterio divino de la Encarnación del Verbo en su seno virginal: “El Verbo que era Dios se hizo carne” (San Juan, 1, 1-14). El misterio de la Encarnación expresa, por tanto, la “Reconciliación” de Dios con los hombres, gracias al Amor y la Esperanza de María en fruto bendito de su vientre Jesús. Como ha señalado Ramón CUE (2) “con ese “si” comenzaba la Redención”. Al “si” de María se juntaría después el “si” infinito de su Hijo Jesús hecho carne”.

Por consiguiente creernos” en Jesucristo, Hijo único de Dios que se encarnó por obra del Espíritu Santo en el seno de la Virgen María y se hizo hombre. También “creemos” que María es la Madre, siempre Virgen del Verbo Encarnado, nuestro Dios y Salvador Jesucristo, y que por singular elección fue preservada inmune de toda mancha original. Con Monseñor José María ESCRIVA DE BALAGUER (2) llamamos a la Virgen Santísima Madre de todos los cristianos, puesto que:

Con tus varales de plata,
corona angelical y
manto bordado en oro
vas proclamando al mundo
con la pureza de tus manos:
Aquí está la esclava del Señor
¡la Encarnación de los cristianos!



2.2. EL NACIMIENTO DE JESUS.

El pueblo que caminaba en tinieblas, vio una luz grande que envolvió a los pastores. El ángel del Señor les dijo: “No temáis os traigo una buena nueva, una gran alegría que es para todo el pueblo; pues os ha nacido hoy un Salvador, que es el Mesías Señor, en Belén. Los pastores efectivamente, encontraron a María a José y al Niño acostado en un pesebre. María guardaba todo esto y meditaba en su corazón” (San Lucas, 2, 9-19). Por consiguiente, la Virgen María. Madre del Verbo Encarnado y Sagrario del Espíritu, meditaba y sigue meditando sobre las maravillas de Dios con corazón de Madre; un corazón que, como ha subrayado JUAN PABLO II (3), “es sensible a todo dolor y sufrimiento, a toda injusticia que el hombre puede hacer al hombre. En la memoria materna de la Madre de Dios, el sufrimiento humano se hace presente en el misterio de la Cruz de su propio Hijo”.

En consecuencia, gracias al “misterio de la Encarnación del Hijo de Dios” en las purísimas entrañas de María se realiza la Encarnación de Cristo, el cual sin dejar de ser Dios quedó hecho hombre verdadero porque, como ya le anunció el ángel Gabriel a María: ‘nada hay imposible para Dios’ (San Lucas, 1, 37).

Por ello,

¡Gloria a Dios en las alturas
y paz en la tierra a los
hombres de buena voluntad!
Porque un niño nos ha nacido,
un hijo se nos ha dado,
el Señorío reposará en su hombro
y se llamará
“Admirable-Consejero”,
“Dios Poderoso”,
“Siempre Padre”,
“Príncipe de la Paz”,
¡Qué maravilla!
Jesús nació en Belén
y vio la luz de Sevilla
en un barrio bendito
¡Cristo se encarnó en
el corazón de San Benito!



El Nacimiento de Jesucristo nos permite comprender aquello que los astrofísicos no pueden responder a la pregunta esencial que se plantea a la inteligencia humana, la de la Creación. En efecto, si existe un comienzo del universo por una explosión inicial a partir de un punto único de energía concentrada, lo que se llama “Big Bang” (4), ¿Cuál fue su origen? ¿Por qué? ¿Qué le precedió? Sólo la metafísica judeo-cristiana, que distingue entre el Universo y el Ser Absoluto nos ofrece una respuesta:

Al principio era el Verbo,
y el Verbo estaba en Dios,
y el Verbo era Dios.
El estaba al principio en Dios.
Todas las cosas fueron hechas por El
y sin El no se hizo nada de cuanto
ha sido hecho.
En El estaba la vida,
y la vida era la luz de los hombres...
Y el Verbo se hizo carne
y habitó entre nosotros,
y hemos visto su gloria,
gloria como de Unigénito del Padre,
lleno de gracia y de verdad (San Juan 1, 1—4 y 14).

Por otra parte, la Biología y la evolución enseñan que todos los sistemas vivientes están constituidos por mensajes transmitidos por ácidos nucleicos. La evolución, desde hace cuatro mil millones de años, es la historia de una creciente complejidad en el número de estos mensajes genéticos. ¿Cómo comprender el origen de estos mensajes y su complejidad creciente? ¿Cómo comprender la evolución a partir de la célula única hasta el cerebro constituido de millones de neuronas? Los biólogos no tienen la respuesta (5); nosotros los creyentes sí, pues por la revelación sabemos que somos criaturas de Dios hechas a su imagen y semejanza (Génesis, 2, 7); y, por consiguiente, hijos adoptivos del Santo Dios que María Santísima de la Encarnación concibió en su seno virginal por obra y gracia del Espíritu Santo.

En suma, creemos en un solo Dios, creador cosas visibles e invisibles; y también creador, en cada hombre y mujer, de su alma espiritual e inmortal. Dios ha revelado a sí mismo como Padre, Hijo y Espíritu Santo y por la gracia divina estamos llamados a participar de su vida eterna. Y, lógicamente, también creemos en Jesucristo, Hijo único de Dios que nos



dio un mandamiento nuevo: “amarnos unos a otros como El nos ha amado. En esto conocerán todos que somos sus discípulos” (San Juan, 13, 34-35).

III. EL SANTISIMO SACRAMENTO.

Qué bien ha entendido la Hermandad de San Benito, este mandamiento de amor cuando los martes celebra los cultos Eucarísticos en honor y gloria del Santísimo Sacramento. Se da cumplimiento así a las Reglas que definen los “Fines de la Hermandad”: “promover el culto público al Santísimo Sacramento de la Eucaristía, a los Misterios de la Pasión, Muerte y Resurrección del Señor, la Santísima Virgen y a los Santos”. Para cumplir con este fin primordial y específico, la Hermandad “agrupará a cuantos bautizados quieran dar cauce a su vida cristiana, animándolos a un mayor conocimiento y vivencia del mensaje de Jesús. La Hermandad se orientará a su inserción en la comunidad cristiana local, cuidando la formación cristiana de sus componentes y siendo a su vez la mejor colaboradora para que la Parroquia pueda desarrollar sus actividades de evangelización y asistencia social” (6).

Se pone así de relieve, en primer lugar el carácter sacramental de la Hermandad de San Benito. “Dichosos los invitados a la cena del Señor puesto que, como afirma nuestro Director Espiritual D. José SALGADO GONZÁLEZ (7), “La alabanza a Jesús Sacramentado es la mejor unión que puede tener nuestra Hermandad”. En efecto, comprender el Sacramento de la Eucaristía es bastante más que visitar los domingos el templo como simples espectadores. Debemos participar en ella porque la Eucaristía, como enseña JUAN PABLO II (8), “es el Sacramento en el que Cristo mismo certifica que cada uno de nosotros como partícipes del misterio de la Redención, tiene acceso a los frutos de la filial reconciliación con Dios”. Cuando participamos en la Eucaristía construimos la Iglesia como verdadera comunidad del Pueblo de Dios, como asamblea de los fieles, marcada por el mismo carácter de unidad del que participaron los Apóstoles y los primeros discípulos del Señor. Por consiguiente, en el Sacramento de la Eucaristía se renueva constantemente el misterio del sacrificio que Cristo hizo de sí mismo al Padre sobre el altar de la Cruz. Jesucristo, concebido en las entrañas de María Santísima sin obra de varón, por la sola virtud del Espíritu Santo, lleva la misma sangre de su Madre; y esa Sangre inocente es la que se ofrece en el sacrificio redentor, en el Calvario, por tanto, es un acto de penitencia por cuanto que manifestamos: “Señor no soy digno de que entres en mi casa”, porque no he perdonado al



que me ofendió; no he sido compasivo con mi prójimo; tampoco fui caritativo con el necesitado; juzgué y condené sin fundamento de causa; no visité a los enfermos: impuse a los demás mis criterios por la fuerza de mis actos; no dialogué con mis hijos, antes al contrario abusé de mi autoridad paterna, maltraté de palabra y obra a la mujer que tú me diste como compañera... y a pesar de todo “Señor mío y Dios, una sola palabra tuya bastará para sanarme”.

El “Pan de Vida” que comemos en comunión con Cristo Jesús nos ayuda a caminar juntos los hermanos de San Benito por la vía dolorosa hacia la nueva vida que es, al mismo tiempo, la vía hacia la verdadera y gran alegría. Y como afirma nuestro Hermano Mayor (9) “vamos andá” para que todos los hermanos se sientan más hermanos, para que haya una gran unidad; querernos ver a nuestra juventud “actuando” entre nosotros, en la Iglesia de San Benito, rezando, orando o simplemente contemplando a nuestras Imágenes en el Sagrario, que es, en definitiva, el camino hacia donde todos vamos andando, un peregrinar de la vida soslayando tantos avatares que a veces nos cuesta mucho mantener, para poder andar hacia Dios nuestro Señor”.

He ahí, pues, la importancia de los cultos Eucarísticos que celebra todos los martes del año la Hermandad de San Benito. Por todo ello,

Sea por siempre
bendito y alabado
¡viva en nuestras almas
Jesús Sacramentado!
Sangre inocente de María
que, por nosotros, en la Cruz
Jesús ha derramado.
Admirable Sacramento
de Cuerpo y Sangre redentora
Jesús, fuente de luz,
camino de vida y esperanza
se entrega a la muerte
por el gozo eterno
de la humanidad triunfadora.
Bendice alma mía
al Señor, que tu corazón
rebose de alegría
porque en medio de su apostolado,



pescadores de almas desconcertados,
del pan y del vino nació
¡Jesús Sacramentado!

IV. LA HERMANDAD DE SAN BENITO.

Nuestra fe es una profunda vivencia humana, creída y compartida por más de tres mil hermanos. El cofrade de San Benito, gracias a la Virgen Santísima, es una fuente de Encarnación de Cristo, que se hace hombre en cada uno de sus hermanos para compartir y amar con otros hombres las penas, y las alegrías de este mundo. Vosotros jóvenes cofrades de San Benito, que oís con entusiasmo la voz del pregonero, medita en vuestro corazón la docilidad y el espíritu de servicio de María Santísima de la Encarnación a la voluntad de Dios Padre. El valor del servicio de María a la causa del Evangelio de Jesús es decisivo porque la “Buena Noticia” no está impresa en un libro muerto, sino que es “sangre y latido” de ese Cristo que, en la tarde del Martes Santo, va derramando por Sevilla su preciosísima sangre, dando su vida por sus hermanos; el Evangelio es también “silencio elocuente” del poder de Dios flagelado, coronado de espinas y presentado por Pilatos al Pueblo: “No tendrías ningún poder sobre mí si no te hubiera sido dado de lo alto” responde Jesús a Pilatos (San Juan, 19, 11).

El Evangelio se ha encarnado en el alma de María; se ha hecho llama encendida en el corazón inmaculado de la Virgen Santísima. María, la Madre de Jesús, en pie junto a la Cruz de su Hijo era todo el Evangelio vivo:

Virgen de la Encarnación
carita de rosa
¿qué tienes que estás
tan llorosa?
Llevas en tu pecho
una herida; vas con
el alma destrozada
por la Sangre de
tu Hijo derramada.

María es la “Mujer” virgen que no tuvo deseo ni intención de conocer varón sino servir fielmente a la causa del Evangelio:



Mi alma, dice María, engrandece
al Señor y exulta de júbilo
mi espíritu en Dios, mi Salvador,
porque ha mirado la humildad
de su sierva; por eso todas las
generaciones me llamarán
bienaventurada. . . (San Lucas, 1 47—48).

María es también la “Esposa” perfecta en la que hizo maravillas el Poderoso: la Encarnación del Hijo de Dios; es la “Madre” que concibió, protegió, y amó a Jesús, hecho hambre en sus entrañas virginales. Por eso cuando su Hijo entregó su espíritu en la Cruz y muerto fue depositado en el regazo de su bendita Madre, Ella, una vez más, imploró al Señor.

“Sufriendo Jesús mío
y a fuerza de color
diste la Gloria eterna
al pobre pecador”.

En el testamento de Cristo en el Gólgota, la nueva maternidad de su Madre fue expresada en singular: “Mujer, he ahí a tu hijo. He ahí a tu Madre” (San Juan, 19, 26-27). Estas palabras de Jesús indican plenamente el motivo de “la dimensión mariana de la vida de los discípulos de Cristo”; no sólo del discípulo amado, Juan, testigo junto a María del sacrificio de Cristo, sino de todo discípulo de Jesús, de todo cristiano. Así, el divino Redentor, “Presentado”, “Sentenciado” y “Crucificado”, dona personalmente a cada hombre el bien más precioso del creyente: “La maternidad de María”. Por consiguiente, María vive presente en la Iglesia como madre de Cristo y a la vez como aquella madre que Cristo, en el misterio de la Redención, ha dado al hombre en la persona del apóstol Juan. Por todo ello, “María Santísima de la Encarnación es Madre y modelo de la Iglesia” (10).

Encarnación en la Calzada, por tanto, debe ser, como sostiene VALPUESTA GÜETO (11) el santo y seña de un estilo de cristiano: es una bandera desplegada desde donde se divisa la esbeltez de la Giralda a los cuatro vientos de Sevilla. Es la bandera de cuantos seguimos a Jesús. Encarnación supone para nosotros que encarnamos también en vuestras vidas la figura de Cristo. Que actuamos de acuerdo con el Evangelio de Jesús como hizo María. Por eso, yo también, como Hermano de San Benito, me comprometo a encarnar a Jesucristo en mi vida. Encarnación,



pues equivale a seguimiento de Jesús Presentado al Pueblo por Pilatos y caudal de sangre inocente en la Cruz.

4.1. LA JUVENTUD DE DE SAN BENITO.

Sois, pues, vosotros jóvenes de la Hermandad de San Benito los herederos y protagonistas del “espíritu de servicio” con el que María, vuestra Madre y modelo, acogió y educó a su Hijo Jesús. Por vuestra vocación cofrade sois llamados a dar una respuesta individual y colectiva de denuncia y de trabajo constructivo para una convivencia cívica y humana. Frente a la esclavitud de la droga, el paro laboral, el alcohol, la insolidaridad de una sociedad materialista, consumista y competitiva, vosotros jóvenes cofrades de San Benito vais, llenos de gracia, al encuentro de Jesús, Camino, Verdad y Vida para los cristianos. Y vosotras jóvenes hermanas os preparáis para ese día feliz en el que el espíritu de Cristo se manifieste en vuestro seno y alumbréis a la Hermandad, y a la Iglesia de Sevilla nuevos hijos e hijas que glorifiquen a Dios Padre. El servicio a la Hermandad, a la familia, a la sociedad, al trabajo, es un valor y estilo de vida contra el egoísmo y la incomunicación entre los hermanos todos debemos aprender a desarrollar en nuestras vidas el “espíritu de servicio” y a valorar y agradecer los servicios que recibimos de los demás. “Dar sin esperar nada a cambio, de forma sencilla y natural, es la expresión más perfecta del compromiso cristiano y cofrade; es el auténtico sendero de la “Nueva Evangelización”, a la que todos somos llamados.

Sin embargo, para la consecución de estos objetivos conviene recordar que han sido las actitudes y el ejemplo de vuestros padres, maestros, educadores, compañeros y hermanos en la fe de Cristo, los que han despertado en vosotros la sensibilidad humana y religiosa que os ha inclinado al servicio de la causa del Evangelio de Jesús. Por ello, todos debemos gratitud hacia aquellos que nos han ayudado a descubrir nuestra vocación cristiana. La juventud cofrade de la Hermandad Sacramental de San Benito, debe ser, por tanto, un modelo de servicio y entrega a la causa de María Santísima de la Encarnación; es decir, al Evangelio de Jesús y la construcción del Reino de Dios en la tierra. Sois, pues, la Esperanza de un mundo mejor, más tolerante y comprensivo.



4.2. LA DIPUTACION DE CARIDAD DE LA HERMANDAD DE SAN BENITO.

Desde su nacimiento la “caridad” constituye una clara vocación de la Hermandad de San Benito. En efecto, como ha apuntado RUS HERRERA (12), en la Cava-Baja del arrabal trianero, se encontraba el “Hospital Ermita de la Encarnación”. En la Ermita se organizó una Hermandad de Gloria que después se convirtió en Hermandad de Sangre o Penitencia titulada del Santísimo Cristo de la Sangre y Nuestra Señora de la Encarnación, aprobándose definitivamente sus Reglas, el 18 de julio de 1554. En esta época, los hospitales atienden básicamente a los enfermos y, sobre todo, a los pobres, huérfanos, mendigos, marginados y lisiados. A diferencia de las Hermandades gremiales que sólo extienden su amparo a los afiliados, las Hermandades de Caridad protegen a todos los necesitados. Entonces, la Encarnación de Triana y ahora la Hermandad de San Benito, han abierto sus brazos a todos los enfermos, pobres, y marginados que pedían su auxilio. Porque la caridad, bien entendida “no es limosna impersonal, sino compromiso sincero con el hermano necesitado”.

Y nuevamente hay que felicitar a la Hermandad de San Benito por la constante manifestación de amor y cariño hacia los “Pobres”, de una parte, y admiración y respeto debido a las “religiosas” que han entregado su vida al cuidado, atención y compañía de aquellos ancianos que ya no pueden valerse por sí mismos. “¡Hermanitas de los pobres!”, hijas de María Santísima de la Encarnación, sois el testimonio vivo de la caridad fraterna porque no atesoráis los bienes de este mundo, sino que, a imitación de vuestro esposo, Cristo Jesús, vais repartiendo caridades, afectos; lleváis la alegría donde solo había tristeza, soledad y ocaso; con vuestra vida consagrada al servicio de los más débiles, de aquellos que estorban, incluso a sus propias familias, sembráis el Reino de Dios, el Amor hermoso en el corazón de esta Hermandad que tanto cariño os profesan.

Por eso tú, Señora de la Encarnación, irás a hombros de tus hijos costaleros a rendirles tributo y pleitesía a aquellos humildes y hambrientos a los que el Poderoso ensalzó y llenó de bienes (San Lucas, 1, 52-53). Y en medio de la Calzada, entre las palmas y las flores que le ofrecen sus fieles, María Santísima de la Encarnación visitará a sus hijas las “Hermanitas de los Pobres”.

Dios te Salve, María, Madre
y Señora de la Encarnación



estos ancianitos te piden
con fe y devoción,
que cuando lleguen al Cielo
se los presentes a Dios.

4.3. LA HERMANDAD DE SAN BENITO EN 1992.

Y aquel niño que lloraba ante la tumba de su madre, suplicando, ¡levántate madre mía! porque tengo frío y tengo hambre y a mí no me quiere nadie, sentirá la cálida llamada de María Santísima de la Encarnación que, lentamente, se abre paso entre la muchedumbre de la Calzada repartiendo bendiciones, enamorando los corazones del barrio de San Benito, transformando, por la magia del amor y del perdón, a todos en niños alrededor de María. Poco a poco costalero, mira que sobre tus hombros llevas a la Madre que yo más quiero. El techo de su palio es el azul purísimo e intenso de Sevilla; su cara dolorosa la besan los rayos del Sol dorado, viene la Reina del Cielo con cara de penitente bajando por lo que antes fuera su puente. ¡Al cielo con ella valiente! que María Santísima de la Encarnación va andando por Sevilla con el amor de su gente. Y desde el balcón, brota del pecho del creyente la oración cantada:

A mi Virgen de la Encarnación
yo le canto esta saeta
con todo mi corazón.
La rosa dijo al clavel
¿quién es esta Virgen tan guapa?
que quiero morir a sus pies.

Y vamos andá” costaleros que Sor Ángela de la Cruz y con ella Sevilla entera, se mueren de ganas por ver la flor más bella:

La Virgen de la Encarnación
lleva sonrosada la cara;
la besó Sor Ángela de la Cruz
¡para que nunca más llorara!

Los ruiseñores, las golondrinas y los coros celestiales, en la Plaza de la Encarnación, la cantan a la Madre de la Creación:
¡Salve, Salve, María! Como tú solo Dios.
Y ya en la Campana:



Con tus mejillas enrojecidas
y el alma llena de gracia,
vas dando la vida
Encarnación de la Calzada.
Y Sevilla a tus pies, enamorada
te venera, como Madre y
siempre Virgen,
¡María Inmaculada!

Y con la noche, el Cielo se llena de estrellas y luceros que iluminan tu
paso de palio por la Cuesta del Rosario:

Madre mía,
aquí me tienes
roto y cansado;
sin esperanza y angustiado.
Pero mi corazón estalla
con el fuego de tu candelería
con tus lágrimas derramadas
por tu Hijo, Presentado y Crucificado.
Yo sin Ti no soy nada
enséñame Tú,
Encarnación de la Calzada
a rezar contigo:
Padre Nuestro y Ave María
porque me has devuelto la alegría.

Hoy como ayer María Santísima de la Encarnación se detendrá frente al
Palacio de Poncio Pilatos para rogar en nombre de todas las madres del
mundo por aquellos que no conocieron ni conocen, aún, la Verdad: su Hijo
Jesucristo que Pilatos presentó al pueblo, flagelado y coronado de espinas,
y a pesar de haber proclamado tres veces su inocencia, se lo entregó a los
judíos para que lo crucificaran. Y todos sus hijos y hermanos en la fe,
capataces, costaleros, nazarenos y el pueblo sevillano rezaremos unidos por
aquellos que tienen responsabilidades políticas y poder sobre los hombres
para que trabajen por el bienestar de los ciudadanos, la paz, la libertad, el
pluralismo político y la convivencia pacífica entre los hermanos.
Particularmente, María Santísima de la Encarnación invocará el auxilio de
Cristo para que aquellos que pretenden imponer sus convicciones políticas
por la fuerza de las armas, matando, secuestrando o extorsionando a las
personas, abandonen la lucha armada por el bien de todos. Asimismo, las



víctimas del terrorismo recibirán el consuelo de la Virgen Santísima que creyó que se cumplirá lo que le ha dicho de parte del Señor:

“La misericordia del Poderoso
se derrama de generación en
generación sobre los que le temen.
Desplegó el poder de su brazo
y dispersó a los que se engríen
con los pensamientos de su
corazón”. (San Lucas, 1, 45-50 y 51).

¡Ay! madre, que ya regresa la Virgen de la Encarnación a su iglesia de San Benito, mira:

El sol es su vestido,
la luna su calzado,
las estrellas y luceros
su tocado.
Y su barrio le pregunta:
¿De dónde vienes?
blanca azucena
que traes la carita
como una rosa en pena.
Y Ella responde:
Vengo de ver a mi Amado,
en la Catedral de Sevilla
está Jesús Sacramentado.

Madre mía de la Encarnación yo te alabo con el alma de un niño enamorado que a tus plantas confiado con amor te suplica: Virgen María sé Tú mi corazón, mis ojos, mi cerebro que yo seré para Ti, costal, cruz penitente, cirio encendido, caridad y sentimiento. Te doy gracias Señora por esta hora memorable en la que tu hijo Juan Antonio te confió su corazón y meditó contigo, junto a sus hermanos de San Benito, el Misterio de la Encarnación de tu Hijo Jesucristo. Por ello, gran Señora, yo te pido por mi querida Hermandad de San Benito; para que brille la luz de tu hermosura en su camino; para que la vida espiritual de la Hermandad sea Aurora de bonanza que lleve a Sevilla nuevos aires y nuevas actitudes de compromiso cristiano; en suma, que Dios nos conceda a todos los hermanos y a este barrio cofrade de la Calzada, fe y esperanza en Cristo



Jesús por la intercesión de su bendita Madre, siempre Virgen María Santísima de la Encarnación.

Para que en ese Martes Santo,
celeste y luminoso,
con profunda emoción
y en el clamor jubiloso,
el pueblo adivine en tu rostro,
Cristo de la Presentación,
la inocencia encarnada de María,
Encarnación de la Calzada,
llena de gracia y amor infinitos
Tú eres, Madre mía, !el alma y
la gloria de San Benito!

He dicho.



NOTAS

- (1). S.S. JUAN PABLO II, “Redemptoris Mater”. La madre del redentor. Ediciones Paulinas, Madrid, 1987, pág. 21
- (2). Ramón CUE, “María de Nazaret. Hablan sus contemporáneos”. En el bimilenario de su nacimiento, Madrid, 1985, pág. 107.
- (3). JUAN PABLO II en la homilía de la misa que celebró en la basílica de San Pedro con motivo del primero de Enero, festividad de Santa María Madre de Dios, en ABC, Sevilla, 2-1-92, pág. 33.
- (4). Véase más ampliamente, Stephen W. HAWKING, “Historia del tiempo. Del Big Bang a los agujeros negros. Círculo de Lectores.
- (5). Confróntese, a este respecto, Claude TRESMONTAN, “El ateísmo se ha hecho imposible”, en Los verdaderos pensadores de nuestro tiempo por Guy SORMAN, editorial Seix Barral, traducción del francés por R.M. BASSCLS, Barcelona, 1991, pág. 243.
- (6). Consúltese sobre el particular, el Boletín San Benito, N° 6 Diciembre 1991, “Nuestras Reglas”, págs. 6 y s.
- (7). Véase, el Boletín San Benito, N° 5, Octubre 1991, “Más cerca del Cielo”, pág. 13.
- (8). JUAN PABLO II, “Redemptor Hominis”. El Redentor del hombre, Ediciones Paulinas, Madrid, 1979, pág. 67.
- (9). Luis ARJONA MAJOR, “Vamos andá” en el Boletín “San Benito”, N° 5, Octubre, 1991, pág. 3.
- (10). Cfr., “Redemptoris Mater”, págs. 77 y ss.
- (11). VALPUESTA GOETO, S.L., “Encarnación en la Calzada”, en el Boletín “San Benito”, N° 4, Junio, 1991, pág. 3.
- (12). RUS HERRERA, “Datos históricos de la Hermandad” (Parte II). Hospitales de Sevilla en el siglo XVI. El de la Encarnación de Triana, en el Boletín “San Benito”, N° 5, Octubre, 1991 , págs. 14 y s.